

XIII.

PREPARATIVOS DEL GOBIERNO PARA ATENDER Á LA DEFENSA DE ESCOCIA. — CONFERENCIA DE JACOBO CON LOS EMBAJADORES HOLANDESES.

Muy pronto llegó á noticia del Gobierno inglés que algún nuevo plan se agitaba entre los emigrados. No pareció al principio probable que efectuasen un desembarco en Inglaterra; pero se temía mucho que Argyle apareciese muy pronto en armas con sus montañeses. Expidióse en consecuencia una proclama, en la que se ordenaba que Escocia se pusiese en estado de defensa. Mandóse que la milicia estuviera pronta, que todos los *clanes* enemigos de Campbell se pusieran en movimiento. Nombróse á Juan Murray, marqués de Athol, lord lugarteniente del condado de Argyle, y á la cabeza de una fuerte división ocupó el castillo de Inverary. Fueron reducidas á prisión algunas personas sospechosas, y á otras se les obligó á entregar rehenes; algunos buques de guerra recibieron orden de situarse á la entrada de la isla de Bute, al mismo tiempo que parte del ejército de Irlanda marchaba hacia la costa de Ulster (1).

Mientras se hacían estos preparativos en Escocia, Jacobo llamaba á su gabinete á Arnold Van Citters, que llevaba mucho tiempo en Inglaterra como embajador de las Provincias Unidas, y Everardo Van Dickvelt, quien, después de la muerte de Carlos II,

(1) Wodrow, lib. III, c. IX; *London Gazette*, mayo 11, 1685; Barrillon, mayo 11 (21).

había sido enviado en misión especial por los Estados generales á dar el pésame al nuevo Rey por la muerte de su predecesor, y al mismo tiempo á felicitarle por su advenimiento al trono. El Rey dijo á los Embajadores que tenía noticia por muy buenas fuentes de los designios que formaban contra su trono los súbditos ingleses refugiados en Holanda. Algunos de ellos eran asesinos, á quien sólo la Providencia divina había impedido llevar á cabo un horrendo crimen, y entre ellos se hallaba el dueño del lugar elegido para la matanza. «*No hay hombre en el mundo*, decía el Rey, *que pueda hacerme tanto daño como Argyle, ni lugar más adecuado que Holanda para dirigir el golpe contra mí.*» Citters y Dickvelt aseguraron á Su Majestad que pondrían en seguida en conocimiento del Gobierno holandés cuanto les había dicho, manifestando al mismo tiempo completa confianza en que se haría todo lo posible por complacerle (1).

XIV.

INTÉNTASE INÚTILMENTE IMPEDIR LA EXPEDICIÓN DE ARGYLE.

No eran mentidas las protestas de adhesión que los Embajadores hacían al Rey. Así el Príncipe de Orange como los Estados Generales, tenían gran interés por este tiempo en que no se abusara de la hospitalidad de su nación en contra del Gobierno inglés. El lenguaje que últimamente empleaba Jacobo ha-

(1) *Actas de las sesiones de los Estados Generales*, 5 (15) de mayo, 1685.

ciales esperar que no se sometería con paciencia al ascendiente de Francia. Parecía probable que consintiese en formar estrecha alianza con las Provincias Unidas y la casa de Austria. Había, por tanto, en el Haya gran deseo de evitar cuanto pudiera ofenderle, siendo también en esta ocasión idéntico el interés personal de Guillermo y el de su suegro.

Pero exigían las circunstancias que se obrase rápida y vigorosamente, siendo así que la naturaleza de las instituciones báltavas hacía tal acción casi imposible. La unión de Utrecht, formada atropelladamente en los postreros instantes de una revolución con el fin principal de atender á las exigencias del momento, no había sido aún revisada ni perfeccionada desde que se restableciera la tranquilidad. Cada una de las siete repúblicas que habían entrado á formar la unión conservaba casi todos los derechos de soberanía, que hacía siempre valer, aun en cuestiones de poca monta, contra el Gobierno central; y así como las autoridades federales no tenían medios de exigir pronta obediencia de las provinciales, éstas á su vez se hallaban en el mismo caso respecto de los municipios. Sólo en Holanda había diez y ocho ciudades, cada una de las cuales era en muchas cuestiones Estado independiente, celoso de toda intervención del exterior. Si los magistrados de una de estas ciudades recibían del Haya una orden que no fuese de su agrado, ó bien descuidaban por completo su cumplimiento, ó la ejecutaban tarde y mal; y si bien es cierto que en los Consejos de algunas ciudades era incontestable la influencia del Príncipe de Orange, desgraciadamente el sitio donde se habían reunido los emigrados ingleses y donde tenían los buques era la rica y populosa Amsterdam, cuyos magistrados eran precisamente jefes del partido hostil al Gobierno federal y

á la casa de Nassau. La administración naval de las Provincias Unidas estaba á cargo de cinco dependencias del Almirantazgo. Una de estas dependencias residía en Amsterdam, y las personas que la componían eran en parte nombradas por las autoridades de aquella ciudad, y, á lo que parece, estaban completamente animadas del mismo espíritu del partido que allí prevalecía.

Todos los esfuerzos del Gobierno federal para cumplir los deseos de Jacobo viéronse frustrados por las evasivas de los funcionarios públicos de Amsterdam y las torpezas del coronel Bevil Skelton, que acababa de llegar al Haya como enviado extraordinario de Inglaterra. Había nacido Skelton en Holanda en el tiempo en que las guerras civiles devastaban la Inglaterra, y sé le juzgaba por esto especialmente dotado para aquel puesto (1), pero en realidad, ni servía para aquel ni para ningún otro empleo diplomático. Jueces muy entendidos en materia de carácter le han declarado el más superficial, voluble, apasionado, presuntuoso y hablador de todos los hombres (2). No supo nada cierto de los planes de los emigrados, hasta que tres bajeles equipados para la expedición de Escocia estuvieron en salvo fuera del Zuyder Zee, hasta que las armas, municiones y víveres estuvieron á bordo, y hasta que los pasajeros hubieron embarcado. Entonces, en vez de acudir, como debía haberlo hecho, á los Estados Generales, cuyo edificio estaba al lado de su casa, envió sus mensajes á los magistrados de Amsterdam solicitando que se impidiese la salida de los buques sospechosos. Los magistrados contestaron

(1) Hácese mención de esto en sus credenciales fechadas en 16 de marzo de 1684-65.

(2) Bonrepaux á Seignelay, feb. 4 (14), 1686.

que la entrada del Zuyder Zee caía fuera de su jurisdicción, debiendo por tanto acudir al Gobierno federal. Á nadie se ocultaba que esto era una mera excusa, y que si realmente hubieran deseado los magistrados impedir la salida de Argyle, no hubieran puesto la menor dificultad. Dirigióse, pues, Skelton á los Estados Generales, que se mostraron dispuestos á complacerle; y como el caso era urgente, desplegaron inusitada actividad, separándose de lo que ordinariamente observaban en el despacho de los negocios. En el mismo día se expidió una orden redactada en exacta conformidad con la petición de Skelton, y se envió al Almirantazgo de Amsterdam. Pero esta orden, á consecuencia de algunos errores del Ministro inglés, estaba equivocada en lo relativo á la situación de los buques. Decíase que estaban en el Texel y se hallaban en el Vlie. Sirvió de pretexto este error al Almirantazgo para no hacer nada, y antes que se rectificase, los tres buques se habían hecho á la vela (1).

XV.

LOGRA HACERSE Á LA VELA.—SU LLEGADA Á ESCOCIA.

Las últimas horas que pasó Argyle en la costa de Holanda fueron de gran ansiedad. Cerca de él había un navío holandés, cuyos cañones podían en un momento poner fin á la expedición, y muy cerca de su

(1) Avaux, *Negociaciones*. abril 30 (mayo 10), mayo 1.º (11), mayo 5 (15), 1685; sir Patrick Hume's *Narrative*; *Carta del Almirantazgo de Amsterdam á los Estados Generales*, de 20 de junio de 1685; *Memorial de Skelton*, presentado á los Estados Generales en 10 de mayo de 1685.

pequeña flota veíase un bote donde había algunas personas provistas de anteojos, que á lo que parecía eran espías. No se dió, sin embargo, el menor paso para impedir su salida, y en la tarde del 2 de mayo se hizo á la mar impulsado por una favorable brisa.

El viaje fué feliz; el día 6 se hallaban á la vista de las Orcadas, y Argyle, obrando en esto con muy poca prudencia, mandó fondear en Kirkwall, permitiendo á dos de los expedicionarios ir á tierra. El Obispo los hizo arrestar, lo cual fué motivo de un largo y animado debate entre los emigrados; pues, desde el principio hasta el fin de su expedición, por irresoluta y lánguida que pueda parecer su conducta, nunca les faltó ingenio ni constancia para discutir. Mientras unos opinaban porque se atacara á Kirkwall, otros creían que se debía continuar sin dilación hasta el condado de Argyle. Por fin el Conde, apoderándose de algunos caballeros que vivían cerca de la costa de la isla, propuso un canje de prisioneros al Obispo, y como éste no respondiese á su demanda, la flota, después de haber perdido allí tres días, se hizo de nuevo á la vela.

Esta dilación les fué fatal. Súpose muy pronto en Edimburgo que los rebeldes habían tocado en las Orcadas, y en seguida se pusieron las tropas en movimiento; y cuando el Conde llegó á su provincia, se encontró con que ya estaban preparados para rechazarle. En Dunstaffnage envió á tierra á su hijo segundo, Carlos, á fin de llamar á las armas á los Campbells, pero Carlos volvió con muy malas noticias. Los pastores y pescadores estaban prontos á ponerse al lado de Mac Callum More, pero de los jefes del *Clan*, algunos estaban presos y otros habían huído. Los caballeros que aun permanecían en sus casas eran afectos al Gobierno ó temían favorecer la rebelión, y no quisie-

ron ver siquiera al hijo de su jefe. De Dunstaffnage continuó la pequeña escuadra su viaje á Campbelltown, cerca de la extremidad meridional de la península de Kintyre. Al llegar aquí, publicó el Conde un manifiesto redactado en Holanda, bajo la dirección de la Comisión, por Jacobo Stewart, abogado escocés, cuya pluma, algunos meses más tarde, se empleaba en la defensa de muy distinta causa. Dábase cuenta en este manifiesto, en lenguaje que rayaba á veces en lo ridículo, de muchos daños reales y aun de algunos imaginarios. Indicábase que Carlos II había muerto envenenado, añadiendo que uno de los principales objetos de la expedición era la supresión completa no sólo del catolicismo sino de los prelados, á quienes se llamaba la más amarga raíz y el más amargo fruto del catolicismo, y se exhortaba á todos los buenos escoceses á defender valientemente la causa de su patria y de su Dios.

Aunque era Argyle celoso partidario de la que consideraba religión pura, no tuvo el menor escrúpulo en practicar un rito medio católico y medio pagano. Envióse la misteriosa cruz de madera de tejo, puesta primero al fuego y empapada luego en la sangre de un macho cabrío, para convocar á todos los Campbells, desde los diez y seis años hasta los sesenta. El istmo de Tarbet era el lugar designado para reunirse. El número de los que acudieron, aunque corto en comparación de lo que sería si el espíritu y la fuerza del *Clan* se hubieran mantenido como antes, era todavía formidable. El total de la fuerza reunida ascendía á mil ochocientos hombres. Argyle dividió sus montañeses en tres regimientos, y procedió á nombrar oficiales.

XVI.

DESAVENENCIAS ENTRE ARGYLE Y LOS EXPEDICIONARIOS.

Las disputas que habían comenzado ya en Holanda entre los emigrados, no habían cesado en todo el curso de la expedición, pero al llegar á Tarbet se hicieron más violentas que nunca. Pretendía la Comisión intervenir hasta en el dominio patriarcal que ejercía el Conde de Argyle sobre los Campbells, y no quería permitirle que de propia autoridad distribuyese los cargos militares del ejército de sus deudos. Al mismo tiempo que trataban de anular de este modo su influencia en las montañas, mantenían activa correspondencia con los habitantes de las Tierras Bajas (Lowlands), y recibían y mandaban cartas de que nunca tenía conocimiento el que sólo de nombre era su general. Hume y sus confederados se habían reservado la superintendencia de los almacenes, y su conducta en ramo tan importante de la administración militar era tan negligente, que apenas si se distinguía de la mala fe. Veían con indiferencia que se destruzase el armamento, que se inutilizasen las provisiones, y vivían en continua francachela cuando debieran con su sobriedad dar ejemplo á todos sus inferiores.

La gran cuestión era determinar cuál había de ser el teatro de la guerra, si las montañas (Highlands), ó las Tierras Bajas. El principal deseo del Conde era apoderarse de sus propios dominios, marchando con los *clanes* del condado de Perth sobre el Argyleshire, y tomando posesión en Inverary de la antigua morada señorial de su familia. Podría entonces contar

con cuatro ó cinco mil montañeses, y con tales fuerzas defender aquel país áspero y quebrado contra todo el ejército de Escocia, al propio tiempo que tenía base segura para las operaciones ofensivas. Y este era al parecer el mejor partido que se podía tomar. Rumbold, que había estudiado en escuela militar y á quien en su calidad de inglés puede considerarse como juez imparcial entre los diferentes partidos escoceses, hizo cuanto estaba en su mano por secundar los planes del Conde. Pero con Hume y Cochrane no se podía contar para nada, pues podía más en ellos la envidia que Argyle les inspiraba que el deseo de que la expedición tuviese feliz término. Veían que entre sus montañas y sus lagos, y á la cabeza de un ejército compuesto en su mayor parte de sus deudos, podría vencer toda oposición y ejercer plena autoridad de general. Murmuraban que los únicos que tenían en el corazón la buena causa eran los campesinos de las Tierras Bajas, y que si los Campbells tomaban las armas no lo hacían por la libertad ni por la Iglesia de Dios, sino tan sólo por Mac Callum More. Cochrane declaró su resolución de marchar al Ayrshire, aun cuando tuviese que ir solo y sin más armas que una horca. Argyle tras larga resistencia consintió, bien á pesar suyo, en dividir su pequeño ejército, y mientras él quedaba en las montañas acompañado de Rumbold, Cochrane y Hume á la cabeza de los emigrados se embarcaban para invadir las Tierras Bajas. El principal objeto de Cochrane era ocupar el Ayrshire; pero la costa de aquel condado estaba guardada por fragatas inglesas, lo cual obligó á los aventureros á remontar la embocadura del Clyde hasta Greenok, que era entonces una pequeña aldea de pescadores compuesta sólo de un montón de chozas de paja, mientras en la actualidad es un puerto

grande y floreciente cuyas aduanas producen más del quintuple de todas las rentas que sacaban los Estuardos del reino de Escocia. Un cuerpo de milicianos defendía á Greenok, lo cual no impidió que Cochrane, que se hallaba ya falto de provisiones, determinase desembarcar. Hume intentó oponerse; mas Cochrane, que era de carácter arrebatado, ordenó á un oficial llamado Elphinstone que tomase veinte hombres consigo en un bote y fuese á tierra. Pero el espíritu de discordia que reinaba entre los jefes se había extendido á todo el ejército, y Elphinstone contestó que él no estaba dispuesto á obedecer más que órdenes razonables, que ésta no la consideraba él así, y, en fin, que no quería ir. El mayor Fullarton, bravo militar, estimado igualmente de todos los partidos y uno de los más adictos partidarios de Argyle, intentó desembarcar con solos doce hombres, y así lo hizo á pesar del fuego de los de la costa. Hubo una ligera escaramuza, se retiraron los de la milicia, y Cochrane entró en Greenock, donde pudo procurarse provisiones, si bien no halló el pueblo dispuesto á secundar la insurrección.

XVII.

ESTADO DE LA OPINIÓN PÚBLICA EN ESCOCIA.

No era, en verdad, el estado de la opinión pública en Escocia tal como los emigrados, extraviados por la ilusión común en todo tiempo al que vive en el desierto, habían imaginado. Ciertamente que todos odiaban igualmente al Gobierno, pero los descontentos estaban divididos en distintos partidos, tan hostiles el

uno para el otro como todos lo eran para el Gobierno; y era aún lo peor de todo que ninguna de aquellas distintas facciones estaba dispuesta á unirse á los invasores. Muchos creían que la insurrección no tenía probabilidades de éxito, mientras otros, á quienes la larga opresión y las continuas vejaciones habían hecho más prudentes, evitaban con temor toda revuelta. Ciertamente que no faltaban algunos entusiastas de esos que no se detienen á calcular las probabilidades y á quienes la persecución y los atropellos, lejos de amansar, habían, por el contrario, exacerbado y puesto fuera de sí. Mas para éstos había muy poca diferencia entre Argyle y Jacobo. Su furor había llegado á tal extremo, que lo que cualquier otro hubiese llamado ardiente entusiasmo, parecíales á ellos tibieza laodicense. La vida pasada del Conde estaba manchada por lo que juzgaban la más vil apostasía; y aquellos mismos montañeses á quienes ahora llamaba para acabar con los prelados, algunos años antes le habían seguido para defenderlos. ¿Y eran acaso aquellos esclavos que nada sabían ni nada se les importaba de la religión, que estaban prontos á pelear lo mismo por el Gobierno sinodal que por los episcopales ó papistas, como pluguiese á Mac Callum More, eran estos esclavos dignos aliados del pueblo de Dios? El Manifiesto, á pesar de estar redactado en términos indecentes é intolerantes, era á los ojos de estos fanáticos muestra de cobardía y de miras esencialmente mundanas, y el arreglo á que Argyle estaba pronto, y que hizo después un libertador más poderoso y feliz, no les parecía digno de la menor tentativa. Querían no sólo la libertad de conciencia para ellos, sino el dominio absoluto de la conciencia de los demás; no sólo la doctrina y el culto, y aun la política presbiteriana, sino el *Covenant* en todo su rigor. Nada les con-

tentaba como no fuese que todos los fines á que tiende la sociedad civil se sometiesen al Gobierno de un sistema teológico. Los que no creían ninguna forma de gobierno eclesiástico digna de que por ella se infringiesen los preceptos de la caridad cristiana, antes al contrario, recomendaban sobre todo la tolerancia, dudaban, según ellos, entre Jehová y Baal. El que condenaba actos como el asesinato del Cardenal Beaton y del Arzobispo Sharpe, cometía el mismo pecado que había privado á Saúl del reino de Israel. Todas las reglas que sirven entre los cristianos y los pueblos civilizados eran abominaciones á los ojos del Señor. No se debía dar ni recibir cuartel. Un malayo furioso, un perro rabioso perseguido por la multitud; tales eran los modelos dignos de ser imitados por guerreros que peleaban, con la justicia de su parte, en propia defensa. No le cabían en la cabeza á ninguno de aquellos fanáticos las razones á que obedece la conducta de políticos y capitanes, y cuando alguno se aventuraba á hacer presentes tales razones, era esto, sin más, prueba suficiente de que no pertenecía al número de los fieles. De no contar con la bendición divina, poco podrían hacer los más hábiles políticos, los generales veteranos, los armamentos que pudieran llegar de Holanda ó los regimientos de celtas no regenerados por la verdadera fe, venidos de las montañas de Lorn. Mas si, por el contrario, era llegada la plenitud de los tiempos, podrían, como en las antiguas edades, los ignorantes confundir á los sabios, y para salvar al mundo no importaría que fuesen pocos ó muchos. Los sables de Athol y las bayonetas de Claverhouse tendrían que huir ante armas tan insignificantes como la honda de David ó el cántaro de Gedeón.

No pudiendo conseguir Cochrane que se sublevase

la población al Sur del Clyde, se incorporó á Argyle, que á la sazón se hallaba en la isla de Bute. El Conde entonces propuso nuevamente hacer una tentativa sobre Inverary, y nuevamente encontró obstinada oposición por parte de su gente. Los marineros sostenían la parte de Hume y Cochrane; los montañeses se hallaban absolutamente á las órdenes de su jefe. A tal punto llegaron las cosas, que se temía, y no sin razón, que ambos partidos viniesen á las manos, lo cual obligó á la Comisión, para evitar que esto sucediera, á hacer algunas concesiones. Eligióse el castillo de Ealan Ghierig, situado en la embocadura de Loch Riddan, como centro principal del ejército. Se desembarcaron allí las municiones, y la pequeña escuadra fondeó cerca de las murallas, en un sitio protegido por rocas y arrecifes, donde se creía que ninguna fragata podría entrar. Empezaron las obras de defensa, y se organizó una batería con algunos cañones de poco calibre, que al efecto trajeron de los barcos. Dióse el mando del fuerte, obrando con muy poco acierto, á Elphinstone, que ya había dado pruebas de estar más dispuesto á discutir con sus jefes que á combatir al enemigo.

Durante algunas horas lucharon bravamente. Rumbold tomó el castillo de Ardinglass. El Conde batió las tropas de Athol, y ya se disponía á avanzar sobre Inverary, cuando noticias alarmantes llegadas de la escuadra y de las facciones de la Comisión le obligaron á retroceder. Las fragatas del Rey se habían acercado al Ealan Ghierig mucho más de lo que los emigrados creían. Los caballeros de las Tierras Bajas se negaban á continuar más lejos por las montañas; Argyle, pues, se apresuró á volver á Ealan Ghierig, donde propuso atacar las fragatas. Cierto que sus barcos no eran muy á propósito para tal encuentro,

si bien serían apoyados por una flotilla de treinta grandes lanchas pescadoras, guarnecidas de montañeses bien armados. La Comisión no quiso prestar oídos á este plan, impidiendo que se llevase á efecto, para lo cual no vacilaron en promover un tumulto entre los marineros.

Todo era entonces confusión y desorden. Las provisiones habían sido tan mal administradas por la Comisión, que ya no había víveres para la tropa. Los montañeses, á consecuencia de esto, desertaban á centenares, y el Conde, desalentado por tantas desgracias, cedió á los deseos de los que aun insistían tenazmente en que marchase á las Tierras Bajas. Púsose, pues, el pequeño ejército en marcha á toda prisa para las orillas del Loch Long. Pasaron aquel estrecho de noche en barcas y desembarcaron en el condado de Dumbarton. A la mañana siguiente llegó la noticia de que las fragatas habían forzado el paso, que los barcos del Conde habían caído en poder del enemigo y que Elphinstone había huído de Ealan Ghierig sin disparar un solo tiro, dejando el castillo y los almacenes en poder de las tropas reales.

No quedaba más solución que invadir las Tierras Bajas aun en condiciones tan desventajosas, y Argyle resolvió con temeraria audacia hacer una tentativa para apoderarse de Glasgow. Pero no bien se anunció esta resolución, los mismos que más habían insistido con él hasta entonces para que invadiese las Tierras Bajas, llenos de temor trataron de oponerse con discusiones y argumentos á su nuevo plan, y viendo que toda objeción era inútil, se valieron de un pretexto para apoderarse de los botes y emprendieron la fuga, abandonando al general con sus *clanes*, para que venciesen ó muriesen sin su ayuda. Mas desgraciadamente no pudieron llevar á efecto su intentada